

DECRECIMIENTO FEMINISTA: **RECONCEPTUALIZAR, REESTRUCTURAR Y RELOCALIZAR BAJO** **POSTULADOS FEMINISTAS**

Grupo de Feminismos de Desazkundea
www.feminismosdesazkundea.wordpress.com
feminismos@gmail.com

Resumen

El decrecimiento es un paraguas de luchas y experiencias alternativas que tienen como objetivo transformar el sistema para poner la vida en el centro y buscar la sostenibilidad. Sin embargo, al igual que la mayoría de las teorías de transformación política y social, es una disciplina no exenta de androcentrismo. Pese a ello, algunos de los debates y aportaciones principales del decrecimiento exigen un posicionamiento feminista claro.

En la presente comunicación, repasamos los aportes feministas al decrecimiento y presentamos el posicionamiento político del Grupo de Feminismos de Desazkundea (colectivo mixto decrecentista vasco). Además, repensamos tres de los pilares del decrecimiento desde criterios de equidad social y de género, como son: reconceptualizar, reestructurar y relocalizar. Estas tres ideas las hemos vertebrado en torno a la reformulación del concepto de trabajo, mercado y consumo. Posteriormente pasamos a perfilar algunas propuestas prácticas decrecentistas con enfoque feminista que se están llevando a cabo en la actualidad.

Palabras clave: *Decrecimiento, feminismo, reconceptualización del trabajo, desmercantilización de la economía.*

Abstract

Degrowth is a banner that gathers many struggles and alternative experiences that aim to transform the system in order to put life in its center and look for sustainability. However, like most theories for political and social transformation, it is a discipline not without androcentrism. Nonetheless, some of the discussions and major contributions of degrowth demand a clear feminist positioning.

In this communication we review the feminist contributions to degrowth theory and introduce the political positioning of Desazkundea's Feminisms Group (Basque degrowth mixed group). In addition, three of the pillars of degrowth are rethought under social and gender equity criteria, including: reconceptualize, restructure and

relocate. These three ideas provide the backbone in order to reformulate the concept of work, market and consumption. Later, some degrowth practical proposals are outlined, which are being carried nowadays with a feminist approach.

Keywords: *Degrowth, feminism, reconceptualization of work, decommodification of the economy.*

1. Introducción

El objetivo de la presente comunicación es defender la necesidad de que las teorías y las prácticas decrecentistas adopten un enfoque feminista. A pesar de que el decrecimiento se reclama heredero de un amplio espectro de teorías críticas, entre las que suele citarse el feminismo, resulta difícil encontrar análisis que aúnen ambas perspectivas. Entre las autoras y autores que sí lo hacen, consideramos especialmente relevantes las aportaciones de Yayo Herrero y de Giorgio Mosangini, a las que nos referiremos más adelante. A pesar de estas excepciones, en general resulta descorazonador constatar que una disciplina crítica como el decrecimiento ignora habitualmente el prolijo desarrollo teórico feminista, e incluso en algunos casos se encuentran textos que se apropian de sus aportes sin reconocer su origen y desactivando su carga ideológica, práctica conocida como tokenismo¹. Admitir que *el decrecimiento será feminista o no será* requiere de un trabajo sistemático y transversal que debe abordar tanto el conocimiento como el reconocimiento de sus aportaciones.

Por ello, en la presente comunicación vamos a empezar por repasar los principales aportes feministas existentes dentro de la teorización del decrecimiento y aclarar dónde nos situamos como grupo. En segundo lugar, vamos a cuestionar algunos conceptos clave para que la práctica del decrecimiento sea coherente con la óptica feminista, haciendo especial hincapié en el concepto de trabajo y específicamente en el trabajo de cuidados, un análisis para el que nos basaremos en algunos conceptos claves del decrecimiento: reconceptualizar, reestructurar y relocalizar. Por último, esbozaremos algunas alternativas prácticas formuladas desde el decrecimiento feminista, recogiendo para ello parte de la experiencia llevada a cabo por el colectivo decrecentista vasco Desazkundea.

¹ Las prácticas de incorporación de las partes menos subversivas de las aportaciones feministas sin reconocimiento de sus autoras, que se conocen con el nombre de tokenistas, han sido analizadas por Teresa Cabruja (2003).

2. ¿Qué es el decrecimiento?

Bajo el término de decrecimiento se aglutinan un gran abanico de propuestas críticas y multidisciplinares, así como movimientos sociales que se enfrentan al dogma capitalista y tecnocrático del crecimiento ilimitado². A partir de la constatación de que es imposible crecer ilimitadamente en un planeta finito, el decrecimiento no sólo niega que el crecimiento económico sea la solución a la crisis sistémica que padecemos, sino que también afirma que se encuentra en la raíz misma de dicha crisis. Resumiendo mucho, podemos afirmar que nos hemos topado con los límites físicos del planeta: en el año 2007, el consumo humano había superado en un 50% la capacidad de regeneración de la tierra. Literalmente, estábamos ya consumiendo 1,5 planetas a nivel global (Mosangini, Giorgio; 2012A), una estimación que se incrementa sustancialmente en los países del Norte global y disminuye en los del Sur.

Este análisis nos lleva a afirmar que los seres humanos no podemos desarrollarnos y crecer sin tener en cuenta las características y límites del entorno en el que vivimos, ya que somos ecodependientes, es decir, la vida humana no es posible sin los aportes de la naturaleza. Pero además, tampoco podemos tener una vida digna de manera individualista, como ordena el actual sistema económico y social, debido a que somos seres interdependientes. Nos necesitamos mutuamente y necesitamos cuidados. Es aquí donde el decrecimiento se une a la perspectiva feminista, ya que los dos objetivos políticos básicos del decrecimiento son la sostenibilidad ambiental y la justicia social (Herrero, Yayo; 2012).

2.1. Aportes feministas al decrecimiento.

Es común encontrar discursos decrecentistas relacionados con la lucha ecologista, aunque los que aúnan este enfoque y el feminista son más escasos. De la mano de diferentes autoras, encontramos aportes indispensables para un planteamiento decrecentista que realmente vaya en la línea de la perspectiva feminista, donde la transformación clave será colocar la vida en el centro, sustituyendo la lógica del máximo beneficio económico por la de la sostenibilidad de las vidas (humanas o no).

Giorgio Mosangini (2012A), subraya que la lógica capitalista se nutre de la explotación del Sur global, de la naturaleza y de las mujeres, y se estructura en base a dicotomías jerarquizadas. Según Mosangini, dentro del sistema capitalista los ciclos de la naturaleza y los trabajos de cuidados, realizados mayormente por mujeres, son incuantificables, y ambos se hallan dentro de la lógica binaria de “producción” vs “reproducción” capitalista. Por tanto, se consideran pasivos frente a activos, siendo invisibilizados y facilitando así su apropiación y explotación impune por parte del capitalismo patriarcal globalizado.

² Video Decrecimiento en un minuto, elaborado por: Ekologistak Martxan, Desazkundera, Paz con Dignidad, Bizilur, Coordinadora de ONGD de Euskadi, ESK, Ingenierías sin Fronteras País Vasco, REAS Euskadi y Mugarik Gabe http://www.youtube.com/watch?v=Ypgrq_4Aj84

En la misma línea discursiva, Yayo Herrero (2012) concluye que el sistema socioeconómico se apropia tanto de los ecosistemas como de los tiempos de las personas para ponerlos al servicio del mercado. Confirma que los trabajos de cuidados producen fuerza de trabajo, materia prima imprescindible para el funcionamiento de la rueda del sistema económico capitalista, que bajo su lógica no puede generarla como tal. Herrero puntualiza que la producción y el empleo se reforzaron mutuamente al hacer creer que eran indispensables para el crecimiento de las sociedades. Para la autora, resulta especialmente llamativa la invisibilidad de los tiempos dirigidos a la reproducción y el mantenimiento de la vida por el hecho de no expresarse monetariamente, a pesar de que es la economía del cuidado la que sostiene la vida, ajusta tensiones y es la base de todo el conglomerado económico.

También encontramos que es el ecofeminismo la corriente feminista que converge con el decrecimiento (Monsangini, 2012B), específicamente con las líneas feministas más radicales y sociales, que identifican de forma clara la trampa de la incorporación de las mujeres al modelo dominante y defienden de manera contundente los cambios estructurales necesarios para construir sociedades diferentes que rompan con la sociedad actual, en la que se imponen los postulados del sistema capitalista y patriarcal.

2.2. ¿Dónde nos situamos nosotras?

Desde nuestro punto de vista como decrecentistas feministas, el trabajo reproductivo y de cuidados de las personas y la naturaleza siempre será más importante que el trabajo “productivo” remunerado. Mientras que la lógica del capital persigue un aumento constante de la productividad y opera bajo el mecanismo de la competitividad - y en ella los resultados son mucho más valiosos que los procesos-, el decrecimiento busca una revolución que tiende a poner el cuidado de la naturaleza y de las personas -así como las relaciones de las mismas y con la naturaleza- en el centro de todas las políticas de una sociedad futura. El decrecimiento conllevaría también la revalorización de los conocimientos que las mujeres han adquirido históricamente por el papel que les tocó desempeñar, a pesar de haber sido impuesto. Además, lleva implícita la asunción política y social de la ética del cuidado más allá de las responsabilidades individuales, para poder desarrollarnos como seres autónomos e iguales en unos entornos de interdependencia social y ecológica, esto es, en las sociedades políticas a las que pertenecemos y con la naturaleza que nos rodea. Al hilo de lo que sostiene Herrero, mantener la vida es una responsabilidad social, pese a lo cual ni los mercados, ni los Estados, ni los hombres como colectivo están respondiendo a las necesidades de los cuerpos y las vidas en general (Pérez Orozco, Amaia; 2012). A día de hoy, siguen siendo mayoritariamente las mujeres quienes dan respaldo al mantenimiento de la vida.

Por un lado, la dinámica de la acumulación y del crecimiento, que responden a su vez a esquemas heteropatriarcales y androcéntricos, y por otro lado, la lógica de la sostenibilidad de la vida generan tensiones irresolubles que nos obligan a decantarnos por una de las dos: el capital o la vida. Así pues, la sostenibilidad de la vida que promulga el decrecimiento exige que la sociedad en su conjunto se responsabilice de

las necesidades y los trabajos de cuidados. En definitiva, se trata de cambiar las prioridades desde una visión y práctica antiheteropatriarcal y anticapitalista.

Según nuestra perspectiva, la actual crisis multidimensional es consecuencia de un sistema heteropatriarcal que se manifiesta, en los últimos siglos, bajo la forma de un capitalismo erigido sobre los postulados de la Ilustración. La ideología ilustrada se basa en el principio de autosuficiencia del sujeto, y por tanto, oculta y niega la dependencia del ser humano de la naturaleza –ecodependencia-, así como la interdependencia entre las personas. Existe una relación de causalidad entre el sueño masculinista ilustrado de superación de los límites humanos, e incluso de la corporalidad, y el proyecto capitalista de dominio sobre la naturaleza. Es precisamente este análisis el que nos lleva a posicionarnos en un marco decrecentista anticapitalista y ecofeminista. Sin embargo, este enfoque está ausente en buena parte de los análisis decrecentistas existentes, que ignoran que el capitalismo se asienta sobre la apropiación del trabajo invisibilizado de las mujeres en la misma medida en que lo hace sobre la naturaleza. Al mismo tiempo, tampoco tiene en cuenta el bienestar de las generaciones futuras.

El término ecofeminismo suele despertar recelos en muchos ámbitos feministas, al considerarse que se sitúa en posiciones esencialistas que identifican a las mujeres con la naturaleza. Sin entrar ahora en sus diferentes corrientes, nos posicionamos en un ecofeminismo constructivista o social (Puleo, Alicia H., 2011), un marco desde el que consideramos que las mujeres -como responsables mayoritarias del cuidado de la vida por mandato social- están mejor ubicadas para percibir el conflicto irreconciliable entre los intereses del capital y los de la existencia humana y no humana.

2.3. Reconceptualizar, reestructurar, relocalizar.

El proceso de introducción de una perspectiva feminista en el discurso y en la práctica decrecentista constituye una vasta tarea. Dadas las limitaciones de la presente comunicación, hemos optado por focalizar nuestro marco de análisis en el concepto de trabajo –entendido como todas aquellas actividades que satisfacen necesidades humanas y no humanas, independientemente de que pasen o no por el mercado-, al que realizaremos un acercamiento a partir de algunas de las propuestas más difundidas desde el decrecimiento. Además, dada la unión indivisible entre trabajo y consumo en las sociedades capitalistas actuales y al énfasis puesto por la teoría decrecentista en las prácticas de consumo, también introduciremos algunas claves a tener en cuenta desde esta óptica.

El teórico francés Serge Latouche (2008) ha establecido un programa de objetivos interrelacionados susceptibles de conducir a la actual sociedad del “crecimiento por el crecimiento” hacia otra de decrecimiento, una senda capaz de mejorar la calidad de vida de la mayor parte de la población mundial. Se trata de las 8 “R”: reevaluar, reconceptualizar, reestructurar, redistribuir, relocalizar, reducir, reutilizar y reciclar. En este momento, vamos a estructurar nuestro análisis a partir de tres de ellas, que nos proponemos abordar desde una perspectiva feminista, y cuya formulación teórica explicaremos brevemente para la mejor comprensión de las páginas siguientes.

-Reconceptualizar implica el abandono del imaginario dominante que ensalza la opulencia, el progreso y la competencia, para sustituirlo por valores como la cooperación o la responsabilidad. Desde este prisma, el decrecimiento redefine qué es la riqueza y la pobreza, al tiempo que cuestiona que el objetivo de la existencia humana sea producir, consumir y trabajar. Desde una óptica feminista, este análisis exige una reconceptualización de la idea de trabajo para incluir en ella la dimensión del cuidado, que sí que sería un eje central de la existencia humana.

-Reestructurar significa adaptar el aparato de producción y las relaciones sociales en función del cambio de valores, un proceso que será tanto más radical cuanto más se haya tambaleado el carácter sistémico de los valores dominantes (Latouche, Serge; 2008: 168). De nuevo, desde el feminismo surgen nuevas llamadas de atención: entre los parámetros que será necesario reestructurar no podemos olvidarnos de unidades de análisis como los hogares o las familias.

-Relocalizar es producir de manera local, esencialmente productos que sirvan para satisfacer las necesidades de la población a partir de empresas locales financiadas por el ahorro generado localmente (Latouche, Serge; 2008). Desde la perspectiva feminista que queremos destacar para el decrecimiento, haremos especial hincapié en la necesidad de relocalizar los trabajos de cuidados, por ser uno de los problemas globales más invisibilizados en la actualidad.

Como veremos a lo largo de los siguientes puntos, si no se realiza un análisis feminista consciente de estas 3 R (Reconceptualizar, Reestructurar, Relocalizar), correremos el riesgo de generar aproximaciones incompletas que no den salida a las múltiples opresiones que se ejercen desde el capitalismo heteropatriarcal en el que nos encontramos inmersas.

3. Reconceptualizar: deconstruyendo el concepto capitalista de trabajo.

El capitalismo heteropatriarcal ha ido generando durante los dos últimos siglos estructuras jerárquicas -y paradigmas dominantes que las legitiman- con un objetivo prioritario: maximizar la acumulación de capital. Es por tanto necesario cuestionar las visiones que la élite dominante promueve en el imaginario colectivo en lo referente al concepto “trabajo”, y la división sexual, social y geográfica del mismo. Este concepto, procedente del capitalismo industrial, presenta un importante sesgo androcéntrico y eurocéntrico. En nuestras sociedades occidentales, consideramos trabajo exclusivamente a las actividades que se desarrollan en el mercado a cambio de una remuneración, sin reflexionar si son socialmente útiles, si satisfacen alguna necesidad -humana o no humana- o si son sostenibles medioambientalmente. Sin embargo, hasta la Revolución Industrial el trabajo no estaba definido en base al mercado y al salario, sino que comprendía todas las actividades que sostenían cotidianamente la vida, independientemente de que fueran objeto de una transacción monetaria y del ámbito en el que se desarrollaran.

Además, actualmente para buena parte de la población mundial, que satisface la mayoría de sus necesidades fuera del mercado a través de la autoproducción y del

autoconsumo, la idea de trabajo es radicalmente distinta a la que manejamos aquí. También en nuestra propia sociedad, la mayoría de nuestras necesidades se satisfacen a través de un trabajo que no pasa por el mercado -el trabajo de cuidados-, aunque habitualmente tenemos la sensación de que sucede al contrario. Por ello, tomar conciencia de que el concepto de trabajo es histórico, construido en un momento dado en el contexto del capitalismo industrial, nos permite visibilizar que se puede modificar a través del tiempo, y puede ayudarnos a cuestionarlo y reconceptualizarlo.

El decrecimiento cuestiona la centralidad del empleo y del consumo en nuestras vidas, y ha reflexionado sobre la dinámica circular que existe entre la producción, el empleo y el consumo, un eje en torno al cual se estructura la mayor parte de nuestro tiempo. A partir de este análisis, el decrecimiento propone estructurar el tiempo social en torno al trabajo para el autoconsumo y para la colectividad, primando las relaciones humanas y con la naturaleza. Sin embargo, consideramos que al decrecimiento todavía le queda bastante camino por andar para incluir análisis que profundicen sobre la importancia del trabajo de cuidados y realicen una revisión crítica de la división sexual del trabajo que potenció la Revolución Industrial.

3.1. La división sexual del trabajo antes de la Revolución Industrial.

Muchas de las propuestas que se vienen realizando en los últimos años desde el decrecimiento acerca de la desmercantilización de la economía tienen una incidencia clara en el trabajo que se realiza en los hogares, en el sentido de que incrementarían significativamente su volumen. Sin embargo, hasta la fecha no se han analizado en profundidad sus consecuencias para la vida de las mujeres y de los hombres en unas sociedades atravesadas por la división sexual del trabajo. Intentaremos plantear algunos debates que consideramos urgentes al respecto, dentro de los límites de la presente ponencia.

La economía feminista ha puesto de manifiesto que la mayor parte de las necesidades se satisfacen fuera del mercado. Según María Ángeles Durán (2012: 28-29), si se mide en horas trabajadas el trabajo no remunerado –o no monetizado³- a nivel mundial, realizado principalmente por mujeres, es más voluminoso que el remunerado y contribuye a la cohesión social “más que cualquier otro programa de políticas públicas”.

Además, la mayor parte del supuesto crecimiento de la economía mundial en los últimos siglos ha consistido, en realidad, en la monetización de actividades que hasta ese momento se realizaban fuera del mercado, un fenómeno especialmente significativo en los países del Norte global. En definitiva, podemos señalar que la vertiginosa expansión del capitalismo en los dos últimos siglos se ha articulado a costa de detraer de los hogares prácticamente todos los procesos de producción de los bienes necesarios para la subsistencia. Algunos trabajos de cuidados -aunque en mucha menor medida- han sido también expulsados del ámbito doméstico; ambos

³ Pese a que esté más extendido el uso de la expresión trabajo no remunerado, nosotras preferimos emplear trabajo no monetizado, una visión que comparte María Ángeles Durán, (2012:40).

fenómenos han corrido paralelos a la profundización en la división sexual del trabajo. Nos detendremos brevemente en explicar este recorrido, ya que reducir nuestro consumo, pasar del estilo de vida consumista al estilo sencillo (Latouche, Serge; 2008), implicaría en buena medida desandar parte del camino.

Hasta la Revolución Industrial (s. XVIII), en Europa la economía era de subsistencia y la mayor parte de las necesidades se satisfacían dentro de los hogares; no existía un salario que marcara una división entre trabajo doméstico y extradoméstico y la división sexual del trabajo estaba relativamente poco pronunciada, ya que la producción de bienes y la reproducción de la fuerza del trabajo se generaban en el mismo ámbito. Los hombres realizaban muchas tareas domésticas y tanto éstas como las labores de cuidado, que habitualmente desarrollaban las mujeres en colaboración con otras, no estaban devaluadas socialmente. En líneas generales, puede afirmarse que la situación de las mujeres en las sociedades preindustriales respecto al acceso a los recursos era mejor que la que se introduce en el siglo XIX a raíz del pacto interclasista entre varones por el salario familiar, ya que ellas no dependían del salario de sus parientes masculinos y eran cotitulares de los derechos de explotación de las tierras (Federeci, Silvia; 2011). Con el advenimiento de la Revolución Industrial, y sobre todo a lo largo del siglo XIX, se asientan dos ámbitos radicalmente separados: el espacio público, masculino, en el que se genera la producción mercantil y que da acceso a los recursos económicos y a los derechos, y el espacio privado, femenino, en el que tiene lugar la reproducción de la vida y que está subordinado al primero.

En definitiva, puede afirmarse que con el paso de una economía de subsistencia, en la que existe unidad de producción y reproducción, a otra monetizada, el trabajo reproductivo comienza a perder valor y deja de considerarse un trabajo para pasar a ser “la vocación natural” de las mujeres⁴. En este proceso, también se produce otro cambio fundamental a nivel simbólico, que perdura hasta nuestros días: la naturaleza humana, que tradicionalmente había sido considerada una –de la que las mujeres constituían una versión imperfecta–, pasa a ser concebida de forma dual (Llona, Miren, 2010); mientras que en las sociedades preindustriales se piensa que no existen diferencias excesivamente marcadas entre mujeres y hombres a nivel físico, psicológico y social, el ideal femenino de domesticidad burgués del siglo XIX –*el ángel del hogar*–, que se extiende a todas las clases sociales, configura dos naturalezas diametralmente opuestas y complementarias. En adelante, tanto la identidad femenina como la masculina se construirán en base a un imaginario que atribuye a unas y otros aptitudes que se consideran adecuadas para el desempeño de sus funciones. Precisamente, aquí radica uno de los problemas fundamentales a la hora de abordar la deconstrucción de la división sexual del trabajo, que se trata de un asunto que permea la identidad generizada. Efectivamente, como señala Judith Butler (1990), no hay identidad fuera del género⁵.

⁴ Según Claude Lévi-Strauss (1956), existe “un instinto maternal que compele a la madre a cuidar de sus hijos(as) y que hace que encuentre en el ejercicio de dichas actividades una profunda satisfacción”.

⁵ Para Butler (1990) sería erróneo pensar que primero debe analizarse la identidad y después la identidad de género por la sencilla razón de que las personas sólo se vuelven inteligibles cuando poseen un género que se ajusta a normas reconocibles de inteligibilidad de género.

Ciertamente, reparar en el carácter de la división sexual del trabajo como proceso histórico, y por tanto modificable a través del tiempo, así como en el hecho de que su configuración actual sea relativamente reciente y su contenido varíe de una sociedad a otra⁶, supone un paso fundamental en la reconceptualización del término trabajo y puede ayudarnos a vislumbrar modelos de organización social más acordes con los planteamientos decrecentistas y feministas por los que abogamos.

4. Reestructurar el trabajo y la satisfacción de necesidades.

Asumir como propia la reconceptualización del término trabajo nos lleva irremediablemente a afrontar la reorganización de buena parte de las estructuras de las que se alimenta la maquinaria capitalista heteropatriarcal. En primer lugar, será necesario profundizar sobre por qué los mercados autorregulados no pueden satisfacer nuestras necesidades, ni son el marco apropiado para desarrollar una economía del cuidado que ayude a mantener la vida. En segundo lugar, nos detendremos en la profunda reestructuración que será necesario realizar, en el interior de los hogares, de la concepción postindustrial de “familia”. De la misma forma que el mercado capitalista nos dificulta en nuestro intento de construir vidas que se preocupen por la vida, también deberemos revisar qué implicaciones tiene la actual estructura social basada en hogares-familias y qué cambios deberían producirse para caminar hacia unas estructuras más igualitarias y democráticas. Por último, abordaremos brevemente los cambios colectivos que deberían ponerse en marcha para cambiar los actuales patrones de consumo por otros acordes con el decrecimiento feminista.

4.1. Sacar la satisfacción de necesidades del mercado.

A la vista de la crisis multidimensional que nos asola, resulta patente la incapacidad de la “economía de mercado” para satisfacer las necesidades humanas globales dentro de los límites del planeta. Detengámonos primero en qué entendemos por necesidades. Éstas incluyen aspectos tanto materiales como relacionales y de autorrealización (Max-Neef, Manfred; 1994), y buena parte de las mismas se satisfacen fuera del mercado, como ya se ha apuntado. Según Manfred Max-Neef, dichas necesidades básicas o esenciales son “pocas, clasificables y universales”; mientras que los satisfactores que las cubren son infinitos y dependientes de la cultura, subjetividad y tecnología existente en un momento dado. Por otra parte, definamos a qué nos referimos con el término “economía de mercado”: es aquel sistema donde la asignación de recursos y concreción de precios se realiza en base a la ley de la oferta y la demanda en mercados autorregulados y competitivos. La economía de mercado se ha ido estableciendo en los dos últimos siglos en un número de ámbitos cada vez mayor tanto geográfica

⁶ Esta cuestión, que ha sido profusamente analizada por la teoría feminista desde diferentes ópticas, fue puesta ya de manifiesto por el antropólogo Claude Lévi-Strauss (1956): (...) “la división del trabajo es consecuencia más de consideraciones sociales y culturales que de consideraciones naturales (de lo que se deriva) el hecho de que varíe incesantemente de sociedad en sociedad”.

(globalización) como socialmente: mercado de bienes, laboral, financiero, etc. Así, los mercados autorregulados han pasado a convertirse en el elemento central que rige la sociedad capitalista, socavando el poder decisorio de las vidas de la mayoría de las personas. Previamente han existido otro tipo de mercados locales basados en la reciprocidad, en el regalo o el don y en el intercambio esporádico entre distintas comunidades con recursos complementarios. Por último, tampoco ha de confundirse con el mercado social que va abriéndose camino en la actualidad, tratando de basarse en otro tipo de valores más acordes con la sociedad y la naturaleza.

Resulta vital analizar cómo interrelacionar la justicia social (que dichas necesidades básicas se vean cubiertas de forma universal), la justicia ambiental (que se satisfagan con los recursos y los tiempos que la naturaleza marca), la justicia de género/racial/étnica (que su satisfacción no suponga la imposición de relaciones de dominación, explotación y/u opresión) y preservando la máxima libertad posible (a la hora de seleccionar satisfactores y trabajos). En definitiva, hay que dilucidar qué tipos de estructuras son potencialmente válidas a la hora tanto de asignar los recursos finitos como de contestar a las preguntas de ¿qué satisfacer? ¿para quién satisfacerlo? y ¿cómo satisfacerlo?⁷, con objeto de vivir unas “vidas que merezcan la alegría de ser vividas” (Pérez Orozco, Amaia; 2012).⁸

Como ya hemos adelantado, consideramos que los mercados autorregulados no son estructuras compatibles con los objetivos que el decrecimiento feminista aspira a lograr. El ecofeminismo y la economía feminista han conseguido desmontar el mito del “homo economicus”, supuestamente autónomo y capaz de satisfacer todas sus necesidades dentro del mercado, a la par que han resaltado nuestra inherente vulnerabilidad, interdependencia y ecodependencia. A continuación, resaltaremos algunas características de los mercados que consideramos indeseables.

En primer lugar, y partiendo de una situación desigual de partida, su funcionamiento conlleva una incremental concentración de poder (Hahnel, Robin; 2002). Esto es así debido a que la parte contractual dominante se lleva la parte del león, a pesar de que durante la transacción ambas partes dispongan de la misma información y actúen de forma voluntaria y beneficiosa para sí mismas. Esto explica, por ejemplo, el aumento de la desigualdad entre el Norte y el Sur globales. Además, las transacciones mercantiles generan externalidades socio-ambientales negativas que afectan a seres que no han tenido ni voz ni voto durante las mismas, como puede ser la contaminación o el cambio climático. Los mercados resultan pues anti-democráticos, al promover una “democracia” ponderada por el poder adquisitivo de las partes (y además no todas las afectadas). Así se explica que “los mercados” consideren la producción de agro-combustibles una necesidad prioritaria frente a la alimentación de millones de personas. Por otra parte, su propia dinámica competitiva conlleva un incremento productivo que choca con los límites biofísicos. Y por último, las élites económicas que los mercados inevitablemente generan impiden de manera sistemática la instauración

⁷ Para no caer en la lógica productivista, incidimos en sustituir “producción” por “satisfacción (de necesidades)” en el célebre tríptico de preguntas que cualquier sistema económico ha de responder.

⁸ Modificamos la frase original “vidas que merecen la pena ser vividas” para, con carácter simbólico, ahondar en un mensaje más optimista.

de regulaciones socio-ambientales globales que moderen las consecuencias que acabamos de citar. Resumiendo, los mercados (regulados o no) sólo han sido capaces de satisfacer las necesidades de una minoría de seres humanos, de forma temporal, y a costa de explotar la naturaleza, a las mujeres, el Sur global, etc.

¿Qué tipo de estructuras pueden resultarnos de utilidad, entonces? A raíz de esta pregunta nos surgen una serie de condiciones necesarias pero no suficientes. Desde el punto de vista ecológico parece obvio que frente a la “autorregulación” de los mercados es necesario recurrir a algún tipo de planificación a la hora de asignar recursos. Aunque la Unión Soviética es un claro ejemplo en el que la planificación condujo a graves daños ecológicos, este método de asignar recursos ofrecería la posibilidad de no sobrepasar la biocapacidad existente. Desde el punto de vista social, es necesario una distribución equitativa del poder decisorio (en el ámbito micro y macro) y de la satisfacción de necesidades básicas. Así, dicha planificación debería pasar a ser descentralizada y estrictamente democrática. Desde un enfoque feminista, estos procesos democráticos ayudarían a romper con la división sexual del trabajo, y esta ruptura, a su vez, podría redundar en una mayor democracia en los procesos, así como contribuir a definir y priorizar los tipos de trabajos que son esenciales para el sostenimiento de la vida.

Aunque sea brevemente y para no caer en el reduccionismo dada la complejidad del debate, trataremos de reconceptualizar el término democracia. Partimos de una idea de democracia entendida como un proceso de deliberación, debate y reflexión y no como un mero procedimiento de voto. Hablamos entonces de una democracia directa y desde la base en la que no se delega el poder decisorio, frente a la falaz “democracia” representativa actual. Para que este tipo de dinámicas de base sean operativas es necesario reducir la escala de las asambleas locales y recurrir al federalismo a nivel regional. Por otra parte, resulta imperativo ir desarrollando otro tipo de valores solidarios y de empatía para con el resto de personas, así como una especial consideración para con las minorías. Consideramos que dichos valores, si bien pueden adquirirse ideológicamente a través de una educación social, solo pueden interiorizarse a través de la práctica diaria en las asambleas. Otras muchas condiciones resultan necesarias para poder implementar una democracia real, pero destacaremos al menos dos: un reparto equitativo en el uso de los tiempos para poder ejercer una vida política en igualdad, y el acceso comunitario a los medios de comunicación con el fin de obtener una información lo más veraz posible.

4.2. Disminuir la dependencia del mercado implica aumentar la resiliencia.

Otro punto en el que nos interesa centrar nuestro análisis respecto a las organizaciones a reestructurar concierne a la forma en la que se satisfacen las necesidades de la vida cotidiana. Resulta interesante apuntar que mientras que las familias han perdido su papel relevante en el ámbito de la producción de bienes a lo largo del proceso de industrialización, conservan, sin embargo, la mayor parte de sus tareas respecto al trabajo de cuidados, que realizan mayoritariamente las mujeres. Pese a que esto continúe siendo así, la puesta en cuestión por parte de las mujeres del “contrato sexual” (Cobo, Rosa; 2011), con su incorporación masiva al mercado laboral,

ha provocado la mercantilización de un buen número de tareas domésticas en las cuatro últimas décadas, de la mano de un imaginario emancipatorio del trabajo doméstico. Labores como confeccionar y reparar la ropa, preparar conservas o procesar alimentos han desaparecido casi por completo de los hogares, al tiempo que se ha incrementado exponencialmente la cantidad de alimentos precocinados que se consumen, o la alimentación fuera de casa. Estos últimos procesos requieren un elevado uso de energía y generan gran cantidad de residuos.

Desde posiciones decrecentistas, la apuesta pasaría por incrementar el número de necesidades que se satisfacen fuera del mercado, tanto en el ámbito de la producción de bienes -con propuestas tales como la autogeneración de energía o la autoproducción de los propios alimentos-, como en el de los cuidados, en el que habría que priorizar el trabajo doméstico y de cuidados no mercantilizado. Es decir, se trataría de un reajuste de dependencias: menos mercado y más resiliencia social. De este modo se avanza doblemente, ya que reconocer una dependencia de la naturaleza y de las demás personas nos mueve a vivir más conscientes de los límites de ambas.

Esta propuesta, que tendría como resultado incrementar la resiliencia de las personas frente a los mercados, parte de la constatación de que son precisamente “el crecimiento ilimitado, así como la mercantilización progresiva de todas las esferas de la vida que genera, (...) las causas que explican que hayamos sobrepasado las capacidades de carga y nos encontremos en una situación de crisis sistémica y ante un probable escenario de colapso” (Mosangini, Giorgio; 2012A). Según nuestro enfoque, el enorme volumen de trabajo que debería reasumirse socialmente tendría que ser distribuido desde criterios de equidad social y de género, un asunto sobre el que volveremos más adelante.

Al hablar de resiliencia, nos referimos a la cualidad de los sistemas que consiguen mantener sus funciones pese a la existencia de impactos exteriores (Riechmann, Jorge; 2009). Así, en el contexto de la actual crisis sistémica, resultan más resilientes las estructuras humanas que tienen una baja dependencia del mercado para satisfacer sus necesidades cotidianas. Paradójicamente, frente a la ilusión de independencia que caracteriza al sujeto de las sociedades capitalistas, el “homo economicus”, la mayoría de las personas tenemos una dependencia tan alta de los bienes y servicios que nos proporciona el mercado que necesitamos disponer de recursos monetarios elevados para sobrevivir. Reducir nuestra dependencia del mercado requiere, además de simplicidad en nuestra forma de vida, recuperar los conocimientos de las generaciones anteriores en la autogestión de las necesidades básicas.

Llegadas a este punto, podemos problematizar con mayor fundamento los conceptos de “familia” y “hogares”. No podemos dejar de señalar que la familia nuclear⁹, producto del desmantelamiento de las sociedades agrarias y del proceso de

⁹ Al hablar de familias, cabe señalar que en la mayor parte de los lugares del mundo y períodos históricos éstas comprenden grupos bastos de personas, hasta el punto que, según Lévi-Strauss (1956), expresiones del tipo «familia extendida» o «familia articulada» son inapropiadas, ya que en realidad es la familia conyugal la que merece el nombre de familia restringida.

industrialización, es un territorio atravesado por relaciones de jerarquía y de poder que se sustenta sobre la explotación del trabajo de cuidados realizado por las mujeres. Una prueba actual de ello es el efecto que está teniendo sobre los hogares la retirada de las administraciones públicas en la satisfacción de algunas necesidades básicas. Efectivamente, como ha sucedido en las crisis anteriores, es el trabajo realizado dentro de los hogares, mayoritariamente por parte de mujeres, el que está minimizando los efectos devastadores de la destrucción de los servicios públicos o la drástica reducción de los recursos monetarios disponibles en muchas familias. Estos y otros muchos fenómenos similares redundan directamente en un incremento del trabajo doméstico y de cuidados. En definitiva, como afirma Sandra Ezquerro (2011), puede concluirse que la actual crisis sistémica “ha contribuido al cierre reaccionario, agravamiento y cronificación de la crisis de los cuidados”. Por tanto, parece que el fenómeno de reasunción por parte de los hogares de muchas funciones externalizadas en las últimas décadas tampoco es una opción –como no lo es el decrecimiento–, sino que va a producirse (y se está produciendo ya) necesariamente, de donde se deriva la importancia de diseñar estrategias para que dicho proceso se produzca desde la equidad de género.

Por otro lado, no podemos dejar de mencionar el hecho de que las estructuras familiares capitalistas se sostienen sobre el ideal del amor romántico (Herrera Gómez, Coral; 2010), uno de los pilares centrales del heteropatriarcado y del capitalismo, basado en la propiedad privada tanto de personas como de objetos. Al mismo tiempo, la pareja y la familia clásicas constituyen el dispositivo social por excelencia que produce y reproduce el individualismo. Además, es la unidad familiar el elemento que articula la mayor parte de los actos de consumo en las sociedades capitalistas, que abarcan desde la vivienda y todos sus enseres hasta la industria del ocio, al tiempo que el imaginario que vincula el consumo en familia o en pareja con la felicidad y la realización personal es omnipresente. En definitiva, podemos afirmar que la organización social en base a estructuras familiares fomenta tanto el individualismo como el consumismo, provocando una proliferación desmedida de bienes de consumo.

Se nos antoja complicado abandonar el ideal consumista e individualista predominante en las sociedades capitalistas manteniendo intacta la estructura familiar. Nuestra apuesta pasa por generar estructuras de convivencia comunitarias, que permitirían reducir sustancialmente el volumen de bienes de consumo per cápita y que podrían impulsar relaciones personales menos atravesadas por el poder y la jerarquía, siempre y cuando trabajaran conscientemente en la construcción de relaciones igualitarias. Dicha apuesta impulsaría también la reducción del individualismo y la generación de estructuras autogestionadas y colectivas para el cuidado de las personas.

4.3. Reestructurar el consumo: desde lo individual hasta lo colectivo.

En las sociedades capitalistas actuales, la idea de crecimiento ilimitado también se plasma en las distintas maneras de consumir. Para el discurso oficial, la solución a las diversas crisis y problemas económicos que padecemos pasa por consumir más para hacer crecer la economía, trasladando de paso la responsabilidad de la insostenibilidad del sistema a las personas. En contra de este tipo de consumo capitalista, el

decrecimiento propone la simplicidad voluntaria. Para ello, aboga por reducir el consumo de recursos naturales hasta acoplarnos a la capacidad de carga de la biosfera, mientras que hemos de replantearnos la manera en la que satisfacemos nuestras necesidades, saliendo de la lógica del usar y tirar. En este sentido, las propuestas básicas decrecentistas son la reutilización y el reciclaje: es necesario tender hacia bienes duraderos y a su reparación y conservación, con el fin de alargar el tiempo de vida de los productos y evitar, en última instancia, el consumo innecesario y el despilfarro. La puesta en práctica de estas propuestas decrecentistas en el día a día conlleva a una satisfacción de las necesidades no tan inmediata sino más pausada. Hemos de dedicar más tiempo a elegir los productos, arreglarlos, reciclarlos y, en definitiva, a cuidarlos. Por tanto, este cambio en la manera de consumir y satisfacer nuestras necesidades lleva implícito los valores del cuidado como base para la transformación, según propone la óptica ecofeminista. Sin embargo, existe el riesgo de que si no se dan los requeridos cambios a un nivel social más amplio la centralidad en el cuidado pueda suponer un arma de doble filo, debido a la socialización de las mujeres en torno al cuidado y a la satisfacción de necesidades del entorno familiar por imperativo social, dentro la división sexual del trabajo del patriarcado. Efectivamente, no podemos dar por hecho que ante una transformación social la redistribución de los trabajos reproductivos, y en concreto los cambios en las pautas del consumo para satisfacer necesidades básicas, se vaya a producir de manera natural equitativamente entre hombres y mujeres, por lo que es imprescindible desarrollar de forma consciente procesos que democratizen este campo.

Otro problema reside en enfocar el consumo y la austeridad voluntaria como un proceso meramente individual, que conlleva una sobre-responsabilización personal, que a su vez genera ecofatiga o cansancio ambiental o socioecológico, y que finalmente deriva en des-responsabilización (Pol, Enric et al.; 2011, a partir del trabajo de Piñeiro, Concepción; 2011). Probablemente este proceso afecta a muchas de las personas de nuestra sociedad, que consideran imposible llevar a cabo este cambio debido a la lejanía que perciben entre sus ajetreadas vidas y la cadencia decrecentista. Desde la óptica decrecentista, no podemos caer en considerar el consumo como un ejercicio de libertad individual y construcción de identidad, ya que seguiríamos dentro de la lógica del capitalismo y difícilmente podríamos proponer una alternativa al mismo. Hemos de plantearnos cómo construir autonomía desde la ecodependencia y la interdependencia, como postulados básicos del decrecimiento, lo que nos lleva irremediabilmente a construir desde lo común.

Para poder proponer realmente un verdadero cambio en la forma de consumo, la reflexión pasa por plantearnos el proceso social -y no tanto individual- que éste conlleva, y por tanto, asumir la responsabilidad social que implica; como ya decía una de las máximas más célebres de los feminismos, “lo personal es político”. Si bien la teoría económica oficial parte de la base de que las decisiones de consumo se fundan en decisiones individuales racionales y meditadas, no podemos negar su carácter de práctica social y fenómeno colectivo. Por tanto, se trata de salir del rol individual y familiar de aprovisionamiento de bienes y buscar soluciones colectivas que permitan una igualdad efectiva de derechos y obligaciones entre hombres y mujeres, también en calidad de personas consumidoras. Insistimos en que, para que ello sea posible, en el

nuevo modelo de consumo no basta con la organización colectiva si no se tiene muy presente la reflexión y modificación de los roles de género existentes.

5. Relocalizar los cuidados desde el decrecimiento.

Otra de las propuestas decrecentistas de mayor calado se centra en la necesidad de relocalizar la economía. Dicha idea se traduce en el fomento de nuevos sectores (agroecología, energías renovables, trabajos de cuidados, etc.) y la generación de herramientas que promuevan sistemas económicos a escala local. En nuestra opinión, una posición que se formule desde el feminismo y la justicia Norte-Sur globales debe apostar también por la relocalización de los cuidados, una propuesta que no ha sido abordada suficientemente desde el decrecimiento. Como ya hemos apuntado, el proceso de incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral en las sociedades occidentales a partir de los años 60, así como la ausencia de una responsabilidad social en el cuidado, ha desencadenado la crisis de los cuidados, cuyo alcance se está agudizando con el envejecimiento poblacional y el incremento de las situaciones de dependencia. Tal y como subrayábamos anteriormente, ni los Estados, ni el mercado, ni los hombres como colectivo están asumiendo este tipo de trabajos, que solventan en exclusiva las mujeres, o bien individualmente o bien a través de redes familiares de apoyo intergeneracional o acudiendo a la compra de cuidados. Como es sabido, son las mujeres del Sur global quienes están desempeñando de forma mayoritaria este tipo de tareas cuando se mercantilizan, ya que se ven empujadas a la emigración a causa de la crisis de la reproducción social que viven sus países, en respuesta a la necesidad de diversificar sus estrategias de supervivencia. Este proceso, vinculado a la crisis de los cuidados del Norte global, está provocando un fenómeno conocido como cadenas globales de cuidados. En 2000, Arlie Russell Hochschild utilizó por primera vez este concepto, que fue definido más tarde por Zimmerman et al. como “una serie de lazos personales entre la gente a lo largo del mundo basados en el trabajo de cuidado pagado o no pagado donde cada trabajador(a) del cuidado depende de otro trabajador(a) del cuidado” (citado por Vázquez Silva, Iria; 2010).

Por tanto, en la práctica la crisis de los cuidados en los países del centro se está cerrando en falso con la incorporación masiva al trabajo asalariado de cuidados de mujeres de países de la periferia que se ven obligadas a abandonar a sus propias familias a cambio de empleo; paralelamente, otras mujeres emprenden proyectos migratorios dentro de los países del Sur global para ocuparse de los cuidados que quedan desatendidos, mientras que ellas recurren a redes de mujeres para atender a sus familias. Según Amaia Pérez Orozco (2007), las cadenas surgen vinculadas a dos elementos: por un lado, la imposibilidad de garantizar los procesos vitales con los recursos existentes; y por otro, la división sexual del trabajo que responsabiliza a las mujeres a la hora de proporcionar los cuidados y de sostener la vida. Desde posiciones feministas se critica la triple carga a la que tienen que hacer frente las mujeres migrantes: las estructuras económicas de desigualdad que extraen recursos hacia los países del centro; las mujeres del centro que se emancipan a su cargo¹⁰; y los propios

¹⁰ Con ello no buscamos responsabilizar a estas mujeres, puesto que responden a diversos aspectos de la crisis global como, entre otros, los problemas de la conciliación laboral irreconciliable o el

compañeros que no asumen su cuota de responsabilidad. A esta última, nosotras añadiremos la falta de asunción por parte de los Estados de estructuras para asegurar el sostenimiento de las vidas, y de los mercados, que pueden disponer de una mano de obra lista para producir sin haber contribuido a su reproducción.

Directamente relacionados con las cadenas globales de cuidados se encuentran los conceptos de deuda de cuidados y huella de cuidados, términos que establecen paralelismos con la deuda ecológica y la huella ecológica. Mientras que la deuda ecológica es la que los países del centro han contraído con los países de la periferia debido al desigual uso de recursos y bienes naturales, junto con la desigual responsabilidad en el deterioro y destrucción de la naturaleza, la deuda de cuidados es la deuda que el patriarcado ha contraído con las mujeres de todo el mundo por el trabajo que realizan. El objetivo del concepto es visibilizar el desigual reparto del trabajo de cuidados y lo insostenible e injusto que es para las mujeres (Herrero, Yayo; 2012).

Así mismo, la huella ecológica es un indicador con el que podemos conocer la superficie que consume una comunidad o Estado. El objetivo del indicador es denunciar el estilo de vida depredador de materias primas. En esa misma línea, la huella de cuidados de las mujeres es un indicador que visibiliza el desigual impacto que tiene la división sexual del trabajo sobre el mantenimiento y la calidad de la vida. Concretamente sería la relación entre el tiempo, el afecto y la energía humana que las personas necesitan para atender sus necesidades reales y los que aportan para asegurar la vida humana.

Vinculando estos conceptos, podríamos afirmar que se está produciendo una creciente deuda de cuidados entre los países del Norte global y los del Sur (Ecologistas en Acción; 2011) -cuyas acreedoras serían fundamentalmente las mujeres de esos países-, que viene a agudizar todavía más los desequilibrios producidos por el sistemático expolio de recursos naturales y energéticos que sufre esa parte del planeta. Por decirlo de otra manera, en este momento los países enriquecidos no solo son incapaces de autoabastecerse de materias primas y de energías, sino que tampoco son capaces de garantizar su reproducción social sin recurrir, también en este terreno, al expolio de la naturaleza y la explotación de las mujeres de los países empobrecidos. Desde una óptica feminista y decrecentista, resulta urgente afrontar la relocalización del trabajo de cuidados, que debe pasar a desempeñarse de la manera más local posible y equitativamente. Este cambio de paradigma implica una total reestructuración de los tiempos sociales que impulsen una responsabilidad social sobre el cuidado y permitan poner en el centro de las actividades la sostenibilidad de la vida. Esto requiere una drástica reducción del tiempo dedicado al trabajo remunerado, así como una democratización del trabajo de cuidados y una generación de estructuras sociales que aborden de forma colectiva el cuidado de las personas, ya que la familia nuclear actual resulta una organización insuficiente e inadecuada para asumir en solitario este reto.

modelo de crecimiento urbano que por el crecimiento de la espacialidad dificulta la gestión de los cuidados.

6. Alternativas feministas decrecentistas.

Después de haber realizado un análisis del entorno del decrecimiento feminista, hacemos el intento de esbozar algunas alternativas feministas decrecentistas que puedan ser de interés:

- Sobre el reparto del trabajo: consideramos la aportación del informe de 21 horas (Nef, 2010) como una propuesta alternativa a la actual jornada laboral capitalista. Este informe aboga por la idea de que es posible reducir y repartir las horas del empleo, así como contempla la posibilidad de desplazar la centralidad del empleo.

- Resulta imprescindible resaltar la necesidad de responsabilizar a la totalidad de la sociedad con respecto a la sostenibilidad de la vida. Así pues, esta realidad debería abordarse desde la colectividad y de manera autogestionada. El objetivo debería ser no generar deuda de cuidados a lo largo de la vida, con la idea de que cuidemos y nos cuiden de manera lo más equitativa posible. Como ejemplo, podríamos señalar la experiencia de bancos del tiempo japoneses (Hayashi, Mayumi; 2012). donde gente joven cuida de gente más mayor y va acumulando créditos para poder utilizarlos de cara al futuro cuando necesiten cuidados.

- Ante las limitaciones de la familia nuclear para dar respuesta a las necesidades de cuidado, surgen otros modelos de convivencia comunitarios, como puede ser el cohousing, que se basa en la existencia de unas dependencias comunes dentro de la vivienda que ayudan en el reparto de los cuidados y en el uso más eficiente a la hora de compartir recursos materiales y afectos. Resultan especialmente interesantes para personas mayores, y sobre todo, para mujeres, ya que responden a las necesidades de afecto y cuidados fuera de las estructuras convencionales de residencias. Un ejemplo muy interesante es la casa de las Babayagas, un proyecto de convivencia para mujeres primordialmente mayores situada en París, intergeneracional y con enfoque ecologista y feminista.

- Desde las monedas sociales y locales se están construyendo enfoques que incluyen la perspectiva feminista, como sucede en el caso de la moneda local Ekhi -que se implantará en Bilbao a finales de 2013- que está dando lugar a un debate para la incorporación de los trabajos de cuidados dentro de la misma red.

- Frente al consumo y uso permanente del dinero para satisfacer diferentes necesidades -como ropa o libros- existen propuestas anticapitalistas como son los espacios de balde o las redes sin dinero. Nos resulta interesante hacerles un seguimiento a los primeros por ser espacios feminizados y por visibilizar a quienes asumen la responsabilidad de una parte de los cuidados.

- Con respecto a la praxis de los movimientos sociales, son interesantes las dinámicas que promueven transformar las habituales prácticas de participación sesgadas en cuanto al género. Éstas visibilizan la desigualdad existente y constatan que, lejos de ser natural, se debe tanto a las dinámicas empleadas como a la construcción social generizada. Así, los hombres han de ser conscientes de que el tiempo de debate es un recurso limitado y por tanto deben moderar tanto el número como la longitud de sus intervenciones. Además, resulta necesario cultivar la práctica de la escucha activa, la

empatía, el respeto a las ideas ajenas y el uso de formas de diálogo que fomenten el cuidado de las personas reduciendo los enfrentamientos. Fernando Cembranos (2008) trabaja dichas ideas mediante el concepto de “grupos inteligentes”.

6. Conclusiones.

En la introducción hemos presentado la temática con el objetivo de defender la necesidad de que las teorías y las prácticas decrecentistas adopten un enfoque feminista. A continuación, enumeramos las ideas principales que hemos desarrollado durante la comunicación:

- Desde el decrecimiento se niega la idea de que el crecimiento económico sea la solución a la crisis sistémica que padecemos. Muy al contrario, afirma que el crecimiento se encuentra en la raíz misma de la crisis.
- Para el movimiento decrecentista, los seres humanos somos ecodependientes e interdependientes y los dos objetivos políticos básicos son la sostenibilidad ambiental y la justicia social.
- En los discursos decrecentistas son escasos los aportes que conjugan los enfoques ecologistas y feministas. Entre quienes sí lo hacen, podemos encontrar a Yayo Herrero, Giorgio Monsangini y Amaia Pérez Orozco, entre otras.
- El decrecimiento propone romper con la regla del máximo beneficio del capitalismo, y los aportes feministas van en la línea de cambiar de prioridades para poner la sostenibilidad de la vida en el centro. El sistema capitalista invisibiliza e infravalora los trabajos de cuidados y los ciclos de la naturaleza, para después apropiarse y explotarlos impunemente.
- El decrecimiento exige que la sociedad en su conjunto se responsabilice de las necesidades y los trabajos de cuidados, más allá de las responsabilidades individuales.
- El decrecimiento que nosotras entendemos parte del marco anticapitalista y ecofeminista constructivista.
- En el movimiento decrecentista se toma como referencia el programa de 8 Rs de Serge Latouche para conducir la sociedad actual hacia el decrecimiento. Un decrecimiento feminista exige la revisión del programa.
- En las sociedades capitalistas y heteropatriarcales el concepto de trabajo es androcéntrico y eurocéntrico, y limita la definición al trabajo remunerado, invisibilizando los trabajos de la sostenibilidad de la vida.
- Reconceptualizar el trabajo, básico para un decrecimiento feminista, exige tomar conciencia de que el concepto es histórico (momento y lugar concretos), y que por ello se puede modificar, cuestionar y darle un nuevo significado.
- La economía mundial ha crecido basándose en la monetización de actividades que antes se realizaban fuera del mercado.
- Para disminuir la dependencia del mercado a la hora de satisfacer las necesidades es imprescindible incrementar la resiliencia.

- Desde el decrecimiento se aboga por la desmercantilización de la economía, lo que supondría un aumento de los trabajos que se realizan en los hogares. En el reparto resultará indispensable una distribución desde criterios de equidad social.
- Cambiar los valores del capitalismo por los del decrecimiento exige una reestructuración de la sociedad, sin olvidarnos de los hogares o familias, puesto que la economía de mercado actual es incapaz de satisfacer las necesidades humanas y no humanas dentro de los límites del planeta.
- Como hemos señalado a lo largo de la comunicación, es necesario no sólo un punto de vista feminista dentro del decrecimiento, sino que el propio movimiento decrecentista incluya el pensamiento feminista desde un aspecto teórico hasta las propuestas prácticas. Sólo así, de manera transversal en todos los ámbitos y no como una esfera aparte, es como podríamos construir un decrecimiento feminista. Con este objetivo, esperamos que en un foro como este se creen lazos con colectivos y personas que estén interesadas en seguir caminando, sumar aportes y experiencias a esta idea, y que poco a poco vaya interiorizándose y crezca de manera integradora dentro de todos los colectivos decrecentistas.

Las semillas del cambio ya están germinando en múltiples lugares, dando forma a experimentos que nos enseñan cómo podemos organizarnos para vivir unas vidas que merezcan la alegría de ser vividas en armonía con la naturaleza y con las demás personas. Caminamos con optimismo hacia un decrecimiento feminista.

Grupo de Feminismos de Desazkundea

Referencias bibliográficas

Butler, Judith (1990). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.

Díaz Gorfinkiel, Magdalena (2010). *Economía, migraciones y cadenas globales de cuidado*. Recuperado el 9 de septiembre de 2013, de http://www.nodiscriminacion.es/jornadas2010/Ponencia_Magdalena_Diaz_Gorfinkiel.pdf

Durán, María Ángeles (2012). *El trabajo no remunerado en la economía global*. Bilbao: Fundación BBVA.

Cobo, Rosa (2011). *Hacia una nueva política sexual*. Madrid: Catarata.

Cabruja, Teresa (2003). Astucias de la razón y psicología crítica: condiciones de erotismo seducción, prácticas de tokenismo y resistencias ético políticas. *Política y Sociedad*, 40(1).

Cembranos, Fernando (2008). *Grupos inteligentes. Teoría y práctica del trabajo en equipo*. Madrid: Editorial Popular.

Ecologistas en Acción (2011). Caminos hacia una educación para la sostenibilidad. *El Ecologista* (73) Recuperado el 9 de septiembre de 2013, de <http://www.ecologistasenaccion.org/article15450.html>

Ezquerro, Sandra (2011). Crisis de los cuidados y crisis sistémica: la reproducción como pilar de la economía llamada real. *Investigaciones Feministas*. 2.

Federici, Silvia (2011). *Calibán y la bruja*. Madrid: Traficantes de sueños.

Hahnel, Robin (2002). *The ABCs of political economy*. London: Pluto Press.

Herrera Gómez, Coral (2010). *La construcción sociocultural del amor romántico*. Madrid: Editorial Fundamentos.

Herrero, Yayo (2012). Propuestas ecofeministas para un sistema cargado de deudas. *Revista de Economía Crítica*, Mayo.

Hayashi, Mayumi (2012). Japan's Fureai Kippu time-banking in elderly care: origins, development, challenges and impact. *International Journal of Community Currency Research*, (16) Section A 30-X. King's College London.

Latouche, Serge (2008). *La apuesta por el decrecimiento*. Barcelona: Icaria.

Lévi-Strauss, Claude (1956). *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*. Barcelona: Anagrama.

Llona, Miren (2010). *La construcción histórica de las identidades de género contemporáneas*. San Sebastián: Máster en Igualdad de Mujeres y Hombres, UPV-EHU.

Max-Neef, Manfred (1994). *Desarrollo a escala humana*. Barcelona: Icaria.

Mosangini, Giorgio (2012A). *Decrecimiento y justicia norte-sur*. Barcelona: Icaria.

Mosangini, Giorgio (2012B). Feminismos y Decrecimiento: desarmando la Economía. Recuperado el 9 de septiembre de 2013, de <http://decrecimientoybuenvivir2012.files.wordpress.com/2011/02/decrecimientoyfeminismo-giorgiomonsanginiabril09.pdf>

New Economics Foundation (2010). Informe 21 horas. Londres: New economics foundation. Recuperado el 9 de septiembre de 2013, de http://www.ecopolitica.org/downloads/21Horas/21horas_web.pdf

Paiewonsky, Denise (2008). Impactos de las migraciones en la organización social de los cuidados en los países de origen: el caso de República Dominicana. Jornadas mujeres que migran, mujeres que cuidan, Madrid 1-3 diciembre 2008. Recuperado el 9 de septiembre de 2013, de <http://www.un-instraw.org/es/md/global-care-chains/2008-diciembre-1-2-3.htm>

Perez Orozco, Amaia (2012). De vidas vivibles y producción imposible. Recuperado el 9 de septiembre de 2013, de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=144215>

Perez Orozco, Amaia (2007). Cadenas globales de cuidados. *Documentos de trabajo INSTRAW*, Naciones Unidas. Recuperado el 9 de septiembre de 2013, de http://www.mueveteporlaigualdad.org/publicaciones/cadenasglobalesdecuidado_orozco.pdf

Piñeiro, Concepción (2011) *Comunicación ambiental para la transformación social. Iniciativas de consumo responsable en Madrid*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid. Recuperado el 9 de septiembre de 2013, de <http://tesisenred.net/handle/10803/49893>

Piñeiro, Concepción y Ballesteros, Carlos (2012) *¿Por qué consumimos? Orientaciones didácticas sobre el consumo consciente, responsable y transformador en Euskadi desde una perspectiva de género*. SETEM Hego Haizea.

Puleo, Alicia H. (2011). *Ecofeminismo para otro mundo posible*, Madrid: Ediciones Cátedra.

Pol, Enric; Vidal, Tomeu; y Romeo, Marina (2011). Supuestos de cambio de actitud y conducta usado en las campañas de publicidad y los programas de promoción ambiental. El modelo de las cuatro esferas. *Estudios de Psicología*, 22(19), 111-126.

Riechmann, Jorge (2009). La habitación de Pascal. Madrid: Los libros de la catarata.

Vázquez Silva, Iria (2010). El impacto de la migración en las tareas de cuidado dentro de las familias senegalesas: ¿la emergencia de las “nueras transnacionales”? *Revista vasca de sociología y ciencia política*, Bilbao.